

por la gracia en la tierra, y por la posesion del mismo Dios en el cielo. Es decir, Jesucristo nos presenta la imágen de la humanidad pecadora en sus humillaciones, en sus tormentos y en su muerte, y la imágen de la humanidad regenerada, elevada al orden sobrenatural, y hecha consorte de la divina naturaleza, en su gloria, en su majestad y en su carácter de Hijo amado del Eterno Padre.

Al hombre en el estado de postracion humillante, le hemos visto ya: veamos su renovacion ó regeneracion mediante la fe y por la gracia. El hombre regenerado ó renovado en Jesucristo y por Jesucristo. Tal es el asunto del presente discurso. El camino de esta regeneracion, la grandeza que produce. Hé aquí sus dos partes. Favorecedme con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

La creacion del hombre tuvo por objeto hacer de él una imágen y semejanza de Dios: la regeneracion se dirige á hacer de él un hijo de Dios. En la primera reflejó Dios sobre el alma é hizo como propios de ella los rasgos más sublimes de la vida, la inteligencia y el amor divino: en la segunda pasa más adelante, y comunica al hombre su misma naturaleza. Criatura feliz en su primer estado, enriquecida con dones del cielo, viviendo segun Dios, hubiera crecido en grandeza, y multiplicando sus méritos y su dignidad por la gracia, habria visto llegar el día en que alcanzára una union inefable y eterna con Dios en la gloria, sin haber antes sentido

la opresion del dolor, ni el aguijon del remordimiento, ni la humillacion de la muerte. Este era el designio de Dios sobre el hombre: la grandeza á que le habia elevado no era sino el medio de llegar á otra mayor en la consumacion de la gloria. Por ello, dice Santo Tomás, aun antes del pecado le reveló la Encarnacion del divino Verbo, que entonces, es decir, en el caso de no haber pecado el hombre, y no necesitar la redencion ó reparacion, se habria verificado para elevarle al término de la gloria por los méritos de Jesucristo y por la union con la divinidad, por la cual, elevada la naturaleza al orden divino, se hubiera dicho de los hombres que eran como Dioses (1).

Recordais, hermanos míos, que esta fué la palabra con la cual sedujo la serpiente á los primeros padres? Ellos, segun se deduce de la doctrina del Angélico maestro, tenian noticia de esta elevacion que se les preparaba, y el demonio envidioso se valió de ello para precipitarlos en la degradacion y en la ruina, á fin de privarles de tan sublime destino. Para lograr su intento, les hace desear desde luego lo que Dios les ofrecia para más adelante, en premio de su sumision y del homenaje de su amor. Por eso dice Tertuliano, que el pecado de Adán fué pecado de impaciente precipitacion (2). Vemos ya el resultado de ese vano esfuerzo del género humano

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ.

Cum per incarnationem Filii Dei, non solum liberatio a peccato, sed etiam humanæ naturæ exaltatio, et totius universi consummatio facta sit, etiam peccato non existente, propter has causas incarnatio fuisset. Et hoc etiam probabiliter sustineri potest. (*Id. in 3, Dist. 1, q. 1, art. 3.*)

(2) Perit et ipse (Adam) per impatientiam suam..... At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit cœlestia sustinere posse. (*Tertul., de Patient., c. 5.*)

para alcanzar lo que la serpiente les ofreciera. Roto el lazo que le unia con el cielo, no puede ya abordar á la ribera eterna, y aunque conserva la esperanza en el fondo del corazon, un terrible anatema pesa sobre él. Cuando ha apurado el caliz de la amargura y la miseria de su abyeccion, cuando el mundo clama, y los justos y los profetas levantan su voz pidiendo que aparezca la luz á los que están en tinieblas de muerte, y venga á la tierra el libertador prometido (1), Dios le envia, y prepara una redencion sobreabundante para que el hombre, no solo quede libre de sus cadenas, sino tambien elevado á la grandeza que Dios le destinara. ¿Sabeis en qué consiste esa grandeza? En la semejanza perfecta, en la union con Dios, en la participacion, en la posesion de Dios. *Eritis sicut Dii* (2). De modo, Señores, que Dios no alteró sus designios sobre el hombre; lo que se propuso darle, eso le dió, ostentando las riquezas de su misericordia, de la que se acuerda en el día de su ira (3), y haciéndole objeto de su amor infinito. Esto hace exclamar á un orador católico apostrofando al demonio: «Confúndete y baja tu inmunda cabeza, soberbio enemigo del hombre. Embriagado de orgullo digiste á los hombres: sereis como Dioses. Es la primera y la última vez que has dicho la verdad. Si: serán como Dioses, porque de la raza humana hará Dios que nazcan Dioses para confundirte; y esa palabra que pronunciaste para causar su ruina, será el más bello atributo de su gloria, porque el Verbo de Dios levantará al hombre de la abyeccion, y le elevará hasta la gloria de su mismo trono, segun la hermosa

(1) Isai. XLV, 8.

(2) Gen. III, 5.

(3) Habac. III, 3.

frase de San Pablo: le resucitó con él, y le hizo sentar en su trono (1). Con ello ha cumplido á la letra esa palabra: *Eritis sicut Dii*, sereis como Dioses. Tal ha sido el objeto de la redencion (2).»

Examinemos el plan divino: recorramos el camino de la regeneracion. Al hablar ayer sobre la religion, dije que la base ó principio de la sociedad entre dos seres, consiste en sus relaciones de proximidad ó semejanza. Por ello el Criador, que quiso establecer una sociedad entre él y el hombre, le hizo á imágen y semejanza suya, para que en el fondo mismo de cada sér exista el principio de su mútua union. Para formar, pues, la nueva alianza de Dios con la humanidad, es preciso que exista tambien esa semejanza. En el hombre, ya lo sabeis, el pecado alteró la imágen de Dios, y su constitucion moral, sus tendencias, sus facultades, todo su sér, quedó herido y corrompido (3). Era necesario por lo mismo y ante todo, reconstruir lo arruinado, unir lo separado, curar lo que estaba enfermo en la criatura (4), para hacer brillar nuevamente en ella la semejanza divina. Pero en el hombre hay un obstáculo para él insuperable, el pecado, que establece muro de division entre la criatura y el Criador, y es causa de que este le esconda su rostro (5). Se necesita, pues, destruir el pecado, y despues formar, por así decirlo, una nueva creacion. Jesucristo lo dice: si el hombre no renace, no puede entrar

(1) Ephes. II, 6.

(2) Combalot, *El hombre regenerado en Jesucristo*.

(3) Gen. VI, 5; VIII, 21.—Conc. Trident., sess. V, Canon 1.º

(4) Ezeq. XXXIV, 16.

(5) *Ecce non est abbreviata manus Domini ut salvare nequeat, neque aggravata est auris ejus ut non exaudiat; sed iniquitates vestrae dividerunt inter vos et Deum, et peccata vestra absconderunt faciem ejus a vobis ut non exaudiat.* (Isai LIX, 1, 2.)

en el reino de Dios (1). Aproximacion, pues, de Dios y del hombre, destruccion del pecado, renacimiento de la criatura. Hé aquí el camino de la regeneracion. ¡Infeliz hombre! ¿Cómo podrás llegar á ese término, siendo un pobre esclavo que habitas entre las tinieblas del pecado y las sombras de la muerte? Si una mano misericordiosa no viene á romper tu cadena y á levantarte de tu abyeccion, ¿cómo podrás entrar de nuevo en la region de la luz y en la morada de la felicidad?

Lo que era imposible á la miseria humana, hermanos míos, ha sido posible á la caridad infinita de Dios, por medio del gran misterio del Verbo, que se hace hombre para que el hombre se haga Dios (2): misterio que se llama con razon el gran sacramento de la piedad divina (3), por el cual Dios ostentó su inmenso amor á la criatura (4), puesto que estando muertos por el pecado, nos volvió á la vida, redimiéndonos por Cristo, y nos resucitó con él, y nos elevó hasta su mismo trono en el cielo en Cristo Jesus, para manifestar á los siglos las abundantes riquezas de su gracia derramada por su bondad sobre nosotros (5).

Este misterio de la Encarnacion del Verbo realiza la aproximacion de Dios y del hombre. Dios se une á la naturaleza humana, la toma para sí mismo, y en unidad de persona se presenta Dios y hombre á la vez. El Ver-

(1) Joann. III, 3.

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. Aug., *Serm.* 9 in *Nativ. Dom.*)

(3) I ad Timoth. III, 16.

(4) Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (Joann. III, 16.) Amplius Deus innotuisti in Filio quam in orbe: in hoc monstrasti quid esses, quid sapes, quid posses, quantumque amares. (S. Thom. a Vill., *Serm.* 3 de *Nativ.*)

(5) Ephes. II, 4 ad 7.

bo se hizo carne (1), y se llama Emmanuel, Dios con nosotros, Dios unido á la naturaleza del hombre (2).

Así, Señores, se cumple lo que Dios prometió al primer hombre en su desgracia, y que repetido despues una y mil veces en la série de los siglos, mantuvo viva la esperanza de la restauracion en todos los pueblos que anhelaban la venida del Redentor, para ver reanudadas las relaciones entre Dios y la criatura, y derramadas sobre todas las generaciones las bendiciones que en su descendencia prometiera Dios al padre de los creyentes (3). Esta es la obra de Dios por excelencia, que el Profeta pedia al Señor realizase en medio de los años (4), y por medio de la cual estaba prometida alianza eterna á la casa de Israel. Vendrán los dias, dice el Señor por Jeremías, en que yo haré una nueva alianza con la casa de Judá; no una alianza como la que hice con sus padres. Ellos violaron aquella alianza, y yo les hice sentir mi poder. Más hé aquí el pacto que yo haré con la casa de Israel cuando sus dias serán venidos: imprimiré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (5).

¿Cómo se verificará esta alianza? La promesa profética lo manifiesta tambien: El Señor os dará por sí mismo un prodigio: hé aquí que la Virgen concebirá y dará á luz un hijo que se llamará Emmanuel, que significa Dios con nosotros (6). Cuando llegaron los dias, el Angel del Señor fué enviado á la Virgen escogida desde la eternidad, para que en su seno se realizase el gran misterio de la

(1) Joann. I, 14.

(2) Matth. I, 23.

(3) Gen. XXII, 18.

(4) Habac. III, 2.

(5) Jerem. XXXI, 31, 33.

(6) Isai. VII, 4.

piedad, el inefable desposorio de la naturaleza divina con la humana, y le pide su consentimiento en nombre de Dios. María, entrando en los designios eternos, pronuncia la palabra de adhesión á la voluntad divina (1), y al punto el Verbo, que era en el principio, y estaba en Dios, y era Dios; el Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas, y de quien reciben todas la vida, y por quien debían ser restauradas según la voluntad del Padre (2), se hace carne y habita con nosotros. *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (3).

Ved aquí ya la aproximación de las dos naturalezas, de los dos seres alejados antes por el pecado. Al verificarse esta unión, ó más bien, al manifestarse al mundo en el nacimiento del hombre Dios, cantaron ya los ángeles: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (4).» En este nacimiento salen al encuentro la misericordia y la verdad, y se dan un ósculo la justicia y la paz (5); porque en él se realiza el gran misterio llamado por excelencia el secreto de Dios Padre, escondido en él antes de los siglos (6). Escuchemos á San Pablo, de quien son estas palabras, y que, penetrando en los abismos de la Sabiduría eterna, recibió la misión de evangelizar las inefables riquezas de Cristo Jesús, é ilustrar á todos acerca de este gran misterio y de sus magníficas consecuencias (7). Cuando llegó, dice, la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo para redimir á los que estaban bajo la ley del pecado, á fin de

(1) Luc. I, 38.

(2) Ephes. I, 10.

(3) Joann. I, 14.

(4) Luc. II, 14.

(5) Psalm. LXXXIV, 11.

(6) Ephes. I, 9.

(7) Id. III, 8, 9.

que recibiésemos la adopción de hijos de Dios, y por cuanto sois hijos, he enviado á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, que clama á Dios, llamándole Padre. Así ya no sois siervos, sino hijos, y siendo hijos, herederos por Dios (1). Ved, hermanos míos, anunciado y explicado ya el cumplimiento de aquellas palabras: «Seréis como Dioses.» Pasemos adelante.

Dios envía á su Hijo, dice San Pablo, para redimir á los que estaban bajo de la ley, es decir, á destruir el pecado. Para ello el Verbo divino no toma la naturaleza humana sana, impasible é inmortal; no la toma como era en el estado de la inocencia del hombre, sino débil, enferma, sujeta al padecimiento y á la muerte: es decir, tal como quedó por efecto del pecado. Toma, dice también San Pablo, una carne que sin llevar en sí el pecado, tiene toda la semejanza exterior de la carne de pecado (2), y por lo mismo capaz de sufrir y morir en expiación de aquel. Jesucristo, pues, dice San León (3), representa verdaderamente en su humanidad al hombre pecador, al hombre viejo en frase del Apóstol (4), y sujetando á ese hombre viejo en su carne al padecimiento, á la humillación, al sacrificio que pide Dios por el pecado de su criatura, expía este pecado, extingue su imperio, acaba con su fuerza, y con su sangre nos limpia á nosotros de toda mancha (5), y borra el decreto de condenación escrito contra la humanidad, clavándolo en la Cruz (6). Ahora bien, concluye San Pablo, la carne

(1) Gal. VI, 4 ad 7.

(2) Rom. VIII, 3.

(3) S. Leo, *Serm.* 8 de Pass.

(4) Rom. VI, 6.

(5) I Joann. I, 7.

(6) Coloss. II, 14.

de pecado que tomó Jesucristo, y ha sido crucificada, es nuestra carne, y ha sido crucificada para destruir el cuerpo del pecado, para acabar con el imperio de la concupiscencia. *Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati, ut ultra non serviamus peccato* (1). De donde se sigue, segun San Leon, que así como nos pertenece, porque es de nuestra naturaleza, lo que parió la inmaculada María, así tambien nos pertenece y es nuestro lo que la impiedad judáica clavó en la Cruz, lo que resucitó al tercer día (2); porque Jesucristo representaba la causa de todos, teniendo en su persona la naturaleza de todos. Hé aquí dado ya el segundo paso para la regeneracion y elevacion del hombre. Dios, haciéndose hombre, se aproxima á nosotros, padeciendo y expiando el pecado en nombre de todos los hombres, nos pone en estado de merecer la filiacion, la adopcion de hijos de Dios. Veamos cómo se llega á ella.

Envia Dios á su Hijo, continúa San Pablo, para que por él recibamos la adopcion de hijos de Dios (3). Jesucristo llevó nuestra carne á la Cruz, tambien la llevó al sepulcro, y al tercer día esa misma carne salió de él triunfante, llena de gloria inmortal. Entonces es cuando dice: ¡Oh muerte, yo seré tu muerte! ¿Dónde está tu victoria y tu terrible aguijon? (4) A los cuarenta días esa misma carne sube al cielo á tomar posesion en nombre nuestro del reino de Dios, de la herencia de Dios (5). Por ello, dice Jesucristo próximo á su ascension, subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios (6).

(1) Rom. VI, 6.

(2) S. Leo, *Serm.* 13 de Pass.

(3) Gal. IV, 5.

(4) Osee, XIII, 14.

(5) Ephes. II, 6.

(6) Joann. XX, 17.

Ved ya, Señores, declarada nuestra adopcion de hijos de Dios, nuestra elevacion al órden divino de la gracia, semilla de la gloria, nuestra adopcion en el eterno paraíso. En consecuencia de ello, Jesucristo envia sobre sus discípulos al Espíritu Santo, que colmándolos de dones divinos, los hace hombres nuevos, llenos de sabiduría y de amor de Dios, y autoriza á todos para dirigirse á Dios y llamarle Padre, no solo por título de amor, sino por derecho otorgado por el mismo Dios. Ved, dice San Juan, con cuánto amor nos ama Dios, que no solo nos permite llamarnos, sino que nos concede en realidad ser hijos suyos (1).

¿Dónde se realiza esa adopcion de hijos de Dios, no ya general de la humanidad, como se hizo en el Calvario y manifiesta Jesucristo en su Ascension, sino en particular y efectiva para cada uno? En el bautismo, hermanos míos. En él se verifica esa segunda creacion, ese renacimiento del hombre, de que hablaba Jesucristo á Nicodemus cuando le dijo: es necesario nacer segunda vez: el que no renace en el agua por el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios, en la familia de Dios (2). El bautismo, segun el Apóstol, nos sepulta con Jesucristo, para que así como Jesucristo resucitó con vida nueva, así nosotros andemos en novedad de vida (3). En el bautismo sacrificamos al hombre viejo, y nos despojamos de él y de todos sus actos, con la renuncia que hacemos de la vanidad, del orgullo, de la concupiscencia, que constituyen la carne de pecado, y nos vestimos del hombre nuevo, criado segun Dios en santidad y en jus-

(1) Joann. III, 1.

(2) Joann. III, 5.

(3) Rom. VI, 4.

ticia de verdad (1); así como Jesucristo se despojó en su muerte y en el sepulcro de las miserias de la antigua carne y de su mortalidad, y se vistió el traje de la inmortalidad y de la gloria propia de su divinidad (2). En el bautismo, añade San Pablo, nos vestimos de Cristo (3): más aún, somos creados espiritualmente en Cristo (4), y nos hacemos miembros de sus miembros, y una misma cosa con él (5), para ser principio de nueva criatura (6). En una palabra, nos hacemos hijos de Dios, y como hijos, herederos del mismo Dios con Jesucristo (7), que es el primogénito de los hermanos (8).

¡Oh cuántos prodigios, exclama un sábio católico! ¡Qué bondad! ¡Qué amor! Dios, que entrega á su propio Hijo en expiacion de nuestros pecados; el Hijo de Dios, el Verbo eterno, que se hace hombre y muere en una Cruz, y que al dejar el mundo nos deja su cuerpo y su sangre para nuestro alimento; la naturaleza humana unida á la naturaleza divina en una sola persona; el hombre redimido, purificado con la sangre de un Dios, y hecho heredero del cielo, coheredero de Jesucristo su Salvador. ¡Qué grandeza! ¡Qué sublime destino, qué alta dignidad nos es otorgada! Pero también ¡qué poderosos motivos de gratitud y de amor! El ejemplo de Jesucristo, que para nuestra enseñanza fué el modelo de todas las virtudes, ¡cuánto no debe ilustrarnos, sostenernos y purificarnos en el penoso camino que debemos recorrer! (9)

(1) Ephes. IV, 22, 24.

(2) Rom. VI, 4, 9.

(3) Gal. III, 27.

(4) Ephes. II, 10.

(5) Id. V, 30.

(6) Jacob. I, 18.

(7) Rom. VIII, 17.

(8) Id. id., 29.

(9) Duvoisin.—Ligni, *Vida de Jesucristo*, c. 7, notas.

Así es, hermanos míos, cómo se realiza la regeneración del hombre, para que se cumpla en él la palabra: *sereis como Dioses*. Así es como nos elevamos á un orden superior y divino, y nos transfiguramos como Cristo en el Tabor; brilla en nosotros la imagen del Adán celestial, somos vestidos de su gracia y hechos herederos de su gloria, y oímos la voz de Dios que nos llama sus hijos muy amados, en quienes quiere tener eternamente sus complacencias. Repitamos, pues, porque son profundas y sublimes, las palabras de San Pablo, que encierran y explican este gran misterio: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Hijo.» Con esto se aproximó á la humanidad, uniendo las dos naturalezas, entre quienes quiso establecer sociedad perfecta. «Le envió para redimir á los que estaban bajo de la ley.» Con esto destruye el pecado y nos dispone á la union con Dios. «Le envió para que por él recibiéramos la adopción de hijos de Dios.» Con ello nos ennoblece, nos une á Dios, cumple en nosotros sus antiguas y magníficas promesas, haciéndonos participantes de la divina naturaleza (1): en una palabra, nos hace como Dioses: *Eritis sicut Dei*.

Veamos ahora la grandeza que da al hombre este caracter.

SEGUNDA PARTE.

Imagen y semejanza de Dios. ¡Qué idea tan sublime! ¡Qué grandeza nos descubre en la creación del hombre! Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, del Dios

(1) II Petri I, 4.